

LENGUAS JUDÍAS EN CONTACTO: EL ÍDISH Y EL JUDEOESPAÑOL EN EL CASTELLANO DE LA LITERATURA DE LA MIGRACIÓN HACIA EL RÍO DE LA PLATA Y MÉXICO

Brigitte Natanson
Université d'Orléans, Francia

A Mario Szichman
In memoriam

Nos interesa en esta ponencia analizar las estrategias de algunos novelistas judíos en cuanto a narración y representación de discursos de personajes en su contacto como inmigrantes con el castellano del Río de la Plata y de México. Varios de esos autores tienen o tenían el idish o el judeoespañol como lenguas “maternas” entre las diferentes lenguas utilizadas, otros las van recuperando en su obra de memoria familiar.

Presentamos las modalidades de uso de estos idiomas en las narraciones, en los diálogos, en el paratexto a veces: primero en judeoespañol, en un relato de Luis León en los *Cuentos de Villa Crespo*¹ y luego en tres novelas de las autoras judeo-mexicanas Rosa Nissán y Myriam Moscona, de la migración familiar hacia México. Luego analizaremos algunas ocurrencias de palabras en idish, en especial en la trilogía de Mario Szichman titulada “Los judíos del Mar dulce”.

A pesar de las dificultades, señaladas por Fernando Devoto en su *Historia de la inmigración en la Argentina*, para establecer cifras exactas, se considera que hubo 6 millones de inmigrantes entre 1854 y 1914, de los cuales la mitad retornó a su país de origen. Los más numerosos fueron los italianos, seguidos de los españoles, mientras que los judíos forman un porcentaje ínfimo en cuanto a inmigrantes, con una desproporción en su representación en la literatura de la migración, primero como autores, pero también como personajes en los relatos, especialmente los que quieren abarcar las diferentes colectividades, su yuxtaposición, sus encuentros y desencuentros. En cuanto a la inmigración judía a México, es menos importante aún, y también se advierte una visibilidad superior a su número.

Entre otras explicaciones, a partir de una emigración dolorosa a la vez que salvadora, el hecho de escribir para dejar huellas, contar el final de un mundo, conservar y volver a tejer lazos entre grupos a veces diseminados, es decir luchar contra el olvido y la aniquilación, es propio de un pueblo amenazado en su existencia.

Entre esos judíos migrantes, como apunta la novelista Ana María Shúa al referirse a los inmigrantes en la zona rioplatense, existen varias distinciones:

Los judíos [...] somos todos aristócratas como los irlandeses. Y dentro de esta aristocracia, cuanto más al oeste, más fine mensh. Mi abuelo libanés, por ejemplo, se jactaba del abolengo de su sangre por ser de Beirut, es decir, superior a los de Damasco y a los de la vil Alepo, esos deleznable degustadores del quippe jlabie. Y del lado de mi mamá, mis abuelos litvakes se consideran naturalmente superiores a los árabes. Pero siempre con el criterio de que la raza mejora hacia el oeste, todos los judíos eslavos (entre

¹ Los ejemplos para la Argentina están sacados de un corpus de unos cien relatos cuya temática común es la migración hacia el Río de la Plata, escritos y publicados en castellano en distintos países, y estudiados en nuestro ensayo *D'un tournant de siècle à l'autre: récits d'immigration dans le Río de la Plata (1980-2007)* (presentado en 2009 para HDR –habilitación a dirigir investigaciones– en la Sorbona, inédito).

los que hay también jerarquías que distinguen a los rusos de los polishes de los bezaraber de los litvakes) se saben inferiores a los iekes, los judíos alemanes. Con este criterio, la más refinada nobleza les corresponde a los judíos italianos, franceses o ingleses. (Shúa 1993: 14-15)

Esas distinciones también aparecen en la literatura mexicana, por ejemplo en las novelas de Rosa Nissán, Vicky Nizri² y Myriam Moscona³.

1. El judeoespañol en relatos de migración hacia el Río de la Plata y México

En los ejemplos dados a continuación, respetamos obviamente las diferencias de grafía entre un autor y otro, entre un país y otro, a sabiendas de que pasa lo mismo con el idish, empezando por la forma de nombrarlo⁴. En su novela *Tela de sevoya*, Myriam Moscona intuye y explora las posibilidades de la falta de unidad en la grafía del judeoespañol para la creación literaria: “[...] no existe un diccionario en ladino que tenga la última palabra. Esto, sin duda, crea una Babel de signos y también un encanto que comparte con pocas lenguas. Resulta lógico que esta condición, a los escritores contemporáneos de judeoespañol, no sólo les representa una dificultad, también les abre un espacio de inventiva” (Moscona 122).

1.1. Cuentos de Villa Crespo

Tal como lo indica el título, los personajes de los cuentos de Luis León, originarios de Turquía, se han radicado en Villa Crespo, barrio de Buenos Aires ampliamente habitado por judíos. En “Dale gracias al Dió, Nissimiko” Nissim, recién llegado de la ciudad de Izmir⁵ ha logrado que su madre y sus hermanas lo alcancen en su nueva morada. Pero don Abraham, su proveedor, se ha ido dejándolo sin recursos. Ante las dificultades, recuerda esa frase de su padre, que le da el título al cuento, en la que vemos un ejemplo de la mezcla del judeoespañol con el castellano:

Quando te caes, Nissimiko, dale gracias al Dió, porque te puedes alevantar de nuevo. Quando te alevantas, Nissimiko, dale gracias al Dió porque puedes empezar a caminar. [...] Si cerró su negocio don Abraham, Nissimiko, dale gracias al Dió, le hubiera dicho su padre, a quien tanto deseaba tener a su lado, aunque fuera por unas horas. (León 15)

² Véase B. Natanson, “Le passage du “nous” au “je” par l’écriture dans trois romans de l’immigration de familles judéo-espagnoles en Amérique latine”.

³ Véase B. Natanson, “Mezcla de géneros e intertextualidad en *Tela de sevoya* (2012), de Myriam Moscona”. Cuando estudié la inmigración judía a México para mi tesis doctoral, en los años ochenta, existían pocos relatos literarios, algunos en idish, y ninguno de judeoespañoles. Años más tarde, empecé a estudiar la literatura de la migración hacia el Río de la Plata, solucionando así cierta frustración experimentada en México, y encontré cantidad de relatos escritos por judíos. Pero al considerar la situación hoy, se nota que han surgido en México, desde finales de los noventa, varias narraciones sobre esa migración, en mayoría por parte de sefarditas, mientras en el Río de la Plata casi no existen para esa comunidad. En cambio el idish se encuentra muy representado en los relatos referentes a esa zona, solo basta con citar como título de ensayo *Buenos Aires idish*. Perla Sneh (ed.). Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, 2006.

⁴ Sea en palabras de título o dentro de los textos, académicos o de ficción, aparece escrito de muchas maneras, mientras el corrector de Word solo acepta “idish” y rechaza “ídish, yiddish, idisch” etc. Según Alán Astro: “Debería escribirse *yidish*, pero en español se lee con mayor frecuencia *idish*, forma que reproduce la pronunciación de los judíos lituanos, anteponiéndole una ligera tensión de la glotis (que no llegaba a ser una verdadera oclusiva). Habría que decir *litvakes*, más bien que judíos lituanos, ya que la geografía de los judíos no coincidía con la de los pueblos con los que convivían. *Idish*, grafía que imposibilita la pronunciación errónea *llidish*, así como espontáneamente los hispanófonos del Cono Sur leerían la palabra *yidish*. También existen las formas *yidico*, *-a*, *-os*, *-as*, pero ¿quién diría “leo el yídico”? (“Más allá de la represión, la literatura ídish de América Latina”, en Huberman y Meter, pp. 209-210).

⁵ El café Izmir, verdadero centro social en Villa Crespo, fue destruido en 2004, “sin permiso municipal” como lo precisa el autor en la introducción al cuento «Viejas huellas» (León 17).

Esas palabras de consuelo incluyen una promesa de encontrar una solución, en un cuento que termina bien, con la misma frase como leitmotiv, y una moraleja.

Lejos de aceptar su suerte y acatar los mandamientos familiares se presentan las protagonistas de tres novelas de las escritoras judeo-mexicanas, Rosa Nissán y Myriam Moscona.

1.2. Estrategias y modalidades en tres novelas mexicanas

Myriam Moscona introduce su novela *Tela de Sevoya* (2012) resumiendo la condición de los nietos de los inmigrantes ante esa “casi mima lengua” al preguntarse la protagonista: “¿Todos los abuelos de la Tierra hablarán con esos giros tan extraños?”. A continuación aparece el personaje de la abuela, cuya presentación define con sencillez el estatuto del judeoespañol: “Esther Benaroya creció envuelta en ese español entreverado con palabras de otros mundos”.

Y al final de ese primer capítulo se reitera esa sensación extraña de lo parecido pero no igual, de la relación entre el idioma –el “español”–, y el hecho de ser judíos, desde la experiencia de la vida en los Balcanes: “Al desembarcar en estas tierras pensó por un momento que todos los mexicanos eran de sangre judía. Todos hablaban español, esa lengua de los sefardíes de Turquía y de Bulgaria. “*Ama aki lo avlan malo, malo... No saben decir las kosas kon su muzika de orijin*” (Moscona 8).

En *Novia que te vea*, de Rosa Nissán, las palabras dialogadas aparecen mezcladas con el español de México, tal como las escucha una niña, que entiende todo sin conciencia de que algunas solo se usan en su familia o comunidad. Aun como narradora asoma lo judeoespañol (con su propia grafía, como dijimos) cada vez que refiere situaciones en el ámbito familiar:

Otra vez me pishé, y eso que mi mamá antes de acostarme me lleva... (Nissán 1994: 28)

Como mi mamá no pudo ir a visitar a la tant Cler este lunes, me dio las llaves del departamento para que yo fuera.

-Es sajut ¡qué te quedó en basho!, échale un rato lashón, que se engleneé un rato la desmazalada. (Nissán 1994: 31)

Sin el humor y con más rabia que en el discurso de Ana María Shúa, aparece la extrañeza ante los otros, que no son solamente los no judíos, los otros mexicanos, sino los que pertenecen a otra comunidad. Pueden ser los ashkenazim, considerados como mucho más avanzados y a veces incomprensibles, pero también los que aparentemente podrían ser más próximos, los judíos árabes. En el discurso de la madre sobre estos últimos, surgen más términos en judeoespañol como para expresar esa distancia tan grande, incluso lingüística:

Son atrasados y pesgados, *ash cursum*, a tu tía nunca la desharon salir sola, traían maestro a la casa, la han tenido tan chiqueada, por eso habla así. ¡Uf!, ni amigas le desharon tener. Estos de Persia, son el mismo shishit. ¿Cuál es la diferencia?, tu abuelo tiene a tu papá de esclavo; ya ves, ayer le habló para que le fuera a sacar el coche del garage yusto cuando mos íbamos al cine, y mos quedimos. ¡Guay de él que no vaya!, se estruye el mundo. Y ya ves, si no es de High-Life no endeña un traje, y mosotros ni coche. Yo en Estambul iba a las mejores escuelas, mos daban clases en francés. La familia de mi mamá sí es de categoría. (Nissán 1994: 27)

En la siguiente novela, *Hisho que te nazca*, el judeoespañol aparece en bastardillas, como si la mujer adulta ya tomara conciencia de que no se expresa en el español del país donde vive, sino del de donde viene. La lectura se hace menos sorprendente: las bastardillas son como lucecitas que advierten al lector a la par que lo tranquilizan, como si le dijeran: “ésas son palabras en judeoespañol, es normal que no las entienda pero puede recurrir al glosario al final de la novela”. Fue a través de un taller de escritura dada por Elena Poniatowska cuando la autora/narradora descubrió esas diferencias como lo muestra el siguiente metadiscurso:

Por fin entendí por qué construyo al revés las oraciones. ¿Se dice al revés las oraciones o las oraciones al revés? ¡Qué difícil! Por ahí escribo que mi madre me dice: “Sabia vas a ser?”. Elena, al corregirme, invierte la frase. Y no, no va así, me defiende. Revisamos otras frases y me doy cuenta de que así lo escribo porque así lo he oído en mi casa. Digo: “¿*Atavanada* estás? ¿Turista eres? Así el ladino, *ansina* tiene que ser”, dice mi madre, por eso escribo así, qué lata y qué difícil cambiar. “Todo, todo lo escribes al revés volteado”, diría mi madre. (Nissán 1996: 52)

De la riqueza semántica e imaginativa de los refranes a menudo no muy simpáticos, que sirven para despreciar a alguien, solo daremos un ejemplo en la novela *Tela de Sevoya*:

La abuela Esther me escucha con atención, me contesta con un refrán extraño, como si hablara furiosa con la enfermera. Agita el dedo índice con toda su energía: “*Mirame kon un ojo, te miraré kon dos*”. [...] el abuelo ya no amaneció. [...] el rabino se despide de mi abuela deseándola volver a verla en ocasiones más felices. “*Ke nos veamos en algriyas*”. Ella le dice adiós en la puerta de su casa y al cerrarla grita con fuerza: “*Eeeef, los dos pies en un sapato!*”. No le gustan los rabinos y no se molesta en disimularlos, por eso mi madre dice que su suegra está loca. (Moscona 21)

En otra oportunidad comparé a Nissim Karmona, personaje de esa misma novela, con los personajes de la saga de los *valeureux*, del novelista Albert Cohen, pero también podría ser un primo de los hermanos Pechof en las novelas de Szichman en su uso de los dobles sentidos generados por el encuentro de la lengua secreta, solo conocida del grupo, con la lengua vernácula.

En este diálogo, ocurrido en un programa de radio, los comentarios aclaratorios construyen el escenario de una gran farsa, cuyo clímax involucra al locutor, a los amigos de Nissim y al rabino de la comunidad:

Con un acento en ladino lleno del sabor balcánico, Nissim coloca la voz y la dirige al centro del pecho.

*Tu madre kuando te parió
i te kito al mundo
korason eya no te dio
Para amar segundo
adio, Adio kerida
no kero la vida
me l'amargates tu
va bushkate otro amor
aharva otras puertas
aspera otra pasión
ke para mi sos muerta...*

—¿Podría explicarme de qué habla esta hermosa letra?

—[...] su mujer lo dejó por otro [...] se la dedico a todos los esposos cornudos como yo. [...]

Sus amigos en la colonia Condesa gritaban cada vez que Nissim pareaba al locutor, mezclando historias verídicas con palabras picantes o historias falsas inventadas sólo para producir dobles sentidos, especialmente dedicados a su grupo de cómplices que lo escuchaba desternillándose en torno a una radio casi del tamaño de un refrigerador. [...] En vez de darle al locutor el nombre correcto de la armónica, Miko [un amigo] le dijo que el instrumento se llamaba la *shorra*, cuya acepción alude de forma muy poco elegante al sexo masculino. No satisfecho con el chistorete, le agregó una suerte de apellido, *la shorra en pies*. (Moscona 108-110)

2. El idish en la literatura de la migración hacia el Río de la Plata

De la misma manera que en las novelas mexicanas, se dan distintas modalidades de la aparición de palabras en idish: términos “sin previo aviso” (sin signos de distinción), en bastardilla, en un glosario final o en explicaciones y/o traducciones en pie de página.

Motivos y usos

Dentro de esas modalidades se puede distinguir los motivos del uso de una lengua solo entendida por el grupo, “la lengua secreta”. Desde lo afectivo sirve para caracterizar los lazos familiares, como si los términos el *zeide*, la *bobe* o *babe*, la *mame* etc. fueran necesarios para distinguirlos de los “abuelos” o de la “madre” de los demás. En esos casos, no hay ocultamiento, sino al contrario reconocimiento público de la identidad, de la misma manera que se puede identificar la *mamma* italiana al nombrarla así.

Cuando se utiliza para intentar asegurar la supervivencia, se juega a la inversa sobre el ocultamiento del significado, y de la posibilidad de mantener una complicidad a través de un código no entendido por todos.

Encontramos también juegos de palabras bilingües, como en este ejemplo en el que el lector se entera por la nota de pie de página: “Eso le [Natalio] viene de chico. Si hubiera usado la cabeza tanto como el *tujes*, a estas alturas sería Einstein. Cuando trabajaba con Salmen, siempre le decían: 'Ojalá dedicaras menos tiempo a cada *loj*⁶ y más tiempo a cada reloj” (Szichman 1971: 360).

El autor que más nos interesa, como dijimos, es Mario Szichman, fallecido en julio de 2018. Nacido en Buenos Aires en 1945, se exilió primero en Venezuela y luego en Nueva York, y siguió escribiendo en castellano. La trilogía de los “judíos del Mar dulce”, como los tres mosqueteros, consta de cuatro libros.

La novela *La verdadera crónica falsa* (1972) es una reescritura de la primera, *Crónica falsa* (1969) y se articula alrededor de los hechos de junio de 1956 (masacre de militantes peronistas).

Ambas cuentan los primeros pasos de la familia Pechof en la tierra de acogida, y no se caracterizan precisamente por el tono jocoso. Los términos en idish salpican el discurso, se refieren a los lazos familiares (*la babe*, *el zeide*) o bien pueden ser palabras que han pasado a la jerga rioplatense como los *tzures* (los problemas), el *tujes* (el trasero), o la famosa *curve*, (prostituta). *Los judíos del Mar dulce* se publicó por primera vez en julio de 1971 y se hizo otra edición en 2012. La diferencia entre las dos ediciones es comentada en el paratexto, por el propio autor. Ahí encontramos una clave de lectura, discutible como cualquier otra, entre la culpa y el escamoteo:

Algunos años de experiencia y algunos golpes bien propinados por los críticos, me enseñaron que es mejor escribir lo mejor posible, aunque uno no sea leído por gran cantidad de personas. El otro problema de la primera versión de esta novela era el de ciertos localismos, ciertas alusiones, que eran ininteligibles fuera de la comunidad judía de Buenos Aires. Y que tampoco correspondían a una parte importante de esa comunidad. Había referencias demasiado frescas, demasiado cercanas. Creo que hasta perdí algunos amigos por esas alusiones que tocaban directamente a sus familias. [...] Y por último, el bochinche se acentuaba por el excesivo uso de palabras en idisch, que Germán L. García consideró, sabiamente, como el idioma de la culpa. (Aunque puede ser también el lenguaje del escamoteo. Mis padres solían hablar en idisch delante de la *shicse*, para que ésta no se enterara de lo que estaban diciendo). (Szichman 1971: 404)

El grado de autoirrisión llega al punto de incluir temas tan dramáticos como la exterminación de los judíos de Europa. Partiendo del hecho de que el violín es el instrumento por antonomasia del judío errante, aun en las situaciones más dramáticas, se presencia una escena en la que el dueño de la casa donde se aloja Itzik, el hermano menor de los Pechof, le convence a otro de no deshacerse todavía de los violines que le ha vendido, por si regresa el tiempo de los eufemísticos “campos de reeducación”:

–Tenga paciencia– le dijo el agiotista [al dueño], moviendo la mano derecha, de la cual emergía un lápiz de carpintero. –En cualquier momento se nos viene la tercera guerra mundial. Y créame, si los Moishes no pueden ir al campo de reeducación tocando el violín, les agarra un patatús. [...] Vea la estadística– dijo tendiéndole una hoja, y extrayendo el lápiz de carpintero del centro de la mano derecha hizo un circulito en una cifra impresa en el papel. –Como podrá comprobar, tenemos más de doscientos mil Moishes

⁶ Agujero. [Esta nota y las siguientes pertenecen a la edición citada].

habitando este suelo generoso. Calcule que las potencias del Eje se llevan a un cinco por ciento de ellos a los campos de reeducación. Aclaro que es una cifra muy baja. Bueno: estamos hablando de diez mil Moishes que van a remover cielo y tierra para conseguir un violín. Y a sesenta violines por cada cien Moishes se va a convertir en millonario. [...] –Otros cálculos dicen que por cada cien personas que se llevan a un campo de reeducación, las fuerzas del orden confiscan entre setenta y setenta y cinco violines. Pero son foráneos de las principalidades del Danubio. El que no toca el violín, se la arregla con una armónica. Por cierto, tengo un buen lote de armónicas. Créame, los Moishes no pueden vivir sin música. (Szichman 1971: 46-47)

Convencido por los argumentos, se pregunta entonces qué hacer con los contrabajos: “–Pensé que algún semita corpulento podría comprarlo”, lo que el “agiotista” recusa con sabios cálculos: “–Para que un Moische use un contrabajo como si fuera un violín, necesita medir tres metros y medio de alto por dos de ancho” (Szichman 1971: 47).

Al reforzar o caricaturizar las mentiras, los argumentos falaces para convencer a un cliente que compre, o, como en este caso, a un vendedor que se quede con una mercancía invendible, el autor revierte el estigma del vendedor judío tramposo, como si frecuentarlos les hubiera contagiado esa capacidad, pero esta vez en detrimento de un judío igualmente imaginario, perseguido, que no “puede vivir sin música” (se produce una inversión del estigma sobre otro prejuicio).

Pero claro, en otros momentos, son los miembros de la familia, y en particular Jaime, el mayor, los que venden camisas sin costuras o para mancos, zapato para personas con una sola pierna, etc. En una de esas, Jaime ha tenido la mala suerte de venderle una camisa incompleta a un policía, y se encuentra detenido en una comisaría. Itzik, desesperado, se pregunta si debe visitar a otro de sus hermanos, Natalio, y preguntarle: “*Sugmir, Nusn* ¿quién te pidió favores? Tendría que haberme dejado morir en la cámara de gases”. Pero, ¿qué ocurriría si Natalio había quedado curtido con tantos reproches anteriores y había perdido todo interés en los *tsures* de Itzik? (Szichman 1971: 26).

Ese leitmotiv aparece con variantes en el documental que está filmando un miembro de la familia, Berele, el hijo de Natalio, con Itzik como guionista: “–*Sugmir, Nusn*⁷ ¿Quién te pidió favores? ¿Por qué no me dejaste volver a Polonia para ser masacrado con toda la familia?” (Szichman 1971: 51); “*Sugmir, Nusn*, ¿para qué me hiciste el gran *gueseft*⁸ de traerme a la Argentina? ¿Alguien te pidió favores?” (Szichman 1971: 127)⁹.

Esa última ocurrencia podría servir de ejemplo de la integración en el país de acogida, con la presencia, en la misma frase, de idish y jerga argentina, mientras vemos cómo en este otro ejemplo el idish funciona como impedimento para la integración, a menudo calificado como otro idioma distinto, según las circunstancias:

En ese momento Berele pasó cerca de la mesa y Salmen lo agarró del brazo.
–Te presento a un nuevo sobrino– le dijo a Itzik. –¿Ustedes ya se conocen?
–Sí– dijo Berele avergonzado.
–Decime, ché– siguió Salmen – ¿Qué tal te va en la escuela?
–¿*Gueist di in der idische szul*¹⁰? – le preguntó Itzik.
–Pero ché– le reprochó Salmen a Itzik – ¿Cómo es que le hablás en japonés? ¿No ves que no te entiende?
–*A guiter kind darf quenen redn idish*¹¹.

⁷ Decíme, Natalio.

⁸ Gueyef, negocio. Itzik tiene problemas para pronunciar la yé. (Nota del compilador).

⁹ Esa única ocurrencia de la palabra *gesheft*, “negocio”, juega una vez más con el defecto de pronunciación de Itzik. Lo burlesco de la obra se nutre también de la carnavalización, la exageración de todo tipo de defectos físicos y morales. Entre muchos otros, Itzik no ha crecido del todo. En la siguiente frase también se nota el defecto de pronunciación, junto con el humor negro sobre la shoá: “Le digo Nusn por inventar un nombre. Y no tiene por qué ser la cámara de gases donde hasza que morir. Hay mutsos lugares bastante más apropiados” Y así se produciría la catarsis (Szichman 1971: 138). (Nota de la autora)

¹⁰ ¿Vas a la escuela judía?

¹¹ Un buen chico tiene que conocer el *idisch*.

–Estás totalmente equivocado. Lo más importante es que conozca cómo forma Boca. (Szichman 1971: 304-305)

Esa última frase, con la comparación entre la necesidad de conocer el idioma del grupo y la de ser un seguidor de uno de los equipos de fútbol más característicos, sintetiza esa relación contradictoria: en una misma familia, por un lado están los que siguen apegados a la tradición, y por otro los que realmente quieren integrarse a la sociedad de acogida.

A partir de una de esas palabras que pasaron a formar parte del idioma común, como el *boss* en inglés, heredado del *bale bait* (en hebreo pero con pronunciación idish), se juega con el desconocimiento de los no judíos para sintetizar el engaño posible del vendedor, con una expresión muy común *Kishmir in tujes*, ese *tujes* presente en una decena de ocurrencias en la novela:

Antes de que se pusiera a vender las camisas del descamisado, Jaime había pasado por una etapa de aprendizaje ofreciendo ropas mutiladas. Disfrazado de marinero, vendía en la zona del puerto telas *Kishmir in tujes* (procedencia Manila) y camisas importadas, “*Touch the fabric, the best poplin*” empaquetadas en cajas de cartón con una ventana de mica en el centro. (Szichman 1971: 90)

En el final de la tercera o cuarta novela el discurso en idish se constituye en verdadero motor de la acción. El título *A las 20:25 la señora entró en la inmortalidad* (1980), retoma la frase eufemística que mitológicamente fuera pronunciada en la radio para anunciar la muerte de Eva Perón, como si no pronunciar el término de muerte anulara su realidad.

A partir de ahí, como se anunciaba en la novela anterior, el duelo nacional por esa muerte impide que la familia Pechof pueda enterrar a Rifque, hija de Dora. El único médico que pudiera salvarlos es un declarado antisemita, por lo cual toda la novela transcurre con la necesaria transformación de una familia de refugiados judíos polacos en una familia de alcurnia y ancestros argentinos famosos. Para ello, contratan a un *mánager*, y los diálogos se llenan de malentendidos, trampas lingüísticas, intentos de recuperación de situaciones desesperadas, siempre apoyados en el idish como lengua de disimulo, de dobles sentidos. Aclaremos que no siempre es suficiente para salvarlos de las desgracias. El humor, como dice Ana María Zubieta, “es un modo de narrar las diferencias”, pero también las constituye (Zubieta 32).

La interacción entre las situaciones y los discursos que las rodean, elemento clave del humorismo en Szichman, encuentra su apoteosis en el final de la novela *A las 20:25...*: toda tentativa de salvar la situación fracasa rotundamente cuando el médico se da cuenta de que todo fue una construcción engañosa. Restos de acento francés, alemán del Bajo Rín, croata, cualquier disfraz es utilizado por el desesperado Jaime, motor de la empresa de crearse una identidad argentina cuando ve que nada funciona:

–Doctor, encantado de conoeglo –dijo [Salmen] –. No se preocupe por la erre. Hablo así porque me quedó el acento francés. [...]
Salmen aprovechó las cenizas del tabaco del manager para rociar su pelada.
–Disculpe, doctog, pero fuimos esclavos en Egipto– explicó.
–Oh, Eyipto –asintió el manager– Oh, Montgomery. Prisionero. [...]
–Creo que fue un ardid –dijo el médico–. Para salvar al conde. Si es que es conde.
–Se lo juro, doctor –se desesperó Jaime–. Es que a veces olvida detalles. Tiene la cabeza partida. Combust er gueit¹². Es una cita en alemán. Del bajo Rin. (Szichman 1981: 266-267)

Jugando de nuevo con los defectos considerados tradicionales, como el estreñimiento, encontramos esta expresión en idish en varias oportunidades: “¿Y qué pasaba si alguien sufría de *harter mugn*? Bueno, era impensable un patricio con *harter mugn*, pues se trataba de seres que sólo pensaban en el alma” (Szichman 1981: 39); “Doctog, ¿después podría verme al Roni nene? le consultó

¹² En la primera edición, el autor traduce en un glosario final las expresiones y palabras en idish mientras en la más reciente introduce notas de pie de página.

Salmen. Lo noto desmejorado. Creo que anda con *harte mugn*. El ramito de perejil dejó de hacerle efecto” (Szichman 1981: 311).

Esa ramita de perejil no deja de recordar el retrato de la abuela, mezcla de exageraciones no exenta de afectos, en la novela anterior:

La *babe* monopolizará la crianza de los hijos para convertirlos en *mensch*¹³, los hará hablar en media lengua, los obligará a llamar guau guau a los perros, colcoi a los chocolates, y a-a a la caca, los sofocará con pulóveres y bufandas en verano, les comprará ropas grandes para cuando crezcan, uniformándolos así con dobladillos y frunces, diseñando sus cuerpos para que la tarea de verificar su sexualidad sea imposible, insistirá en cortarles las uñas hasta después de casados, aunque siempre a espaldas de sus nueras, les dará la comida en la boca después de enfriarla a soplidos, les preguntará que tal van del *mugn*¹⁴, les pondrá una ramita de perejil en el *tujes*¹⁵ cada vez que anden estreñidos, y les programará las visitas al médico y al dentista exclusivamente en días lluviosos para amargarlos con inyecciones, nebulizaciones y el ruidito del torno. Pero todos esos esfuerzos por mantener a sus hijos en la minoría de edad estarán condenados al fracaso. Cada uno de sus hijos se rebelará contra su absolutismo, inventando algún *mishigás*¹⁶. (Szichman 1971: 99)

En la historia de la familia plasmada en un documental, el *zeide* es un personaje importante, de ahí la aparición de su nombre 62 veces en la novela, mientras la *babe*, la abuela, solo 22. En ese ejemplo también reaparece el término preferido para expresar el común estado de locura: “En la pantalla apareció el primer plano de la *babe*¹⁷ gesticulándole al *zeide*¹⁸ en *idish* mudo, con subtítulos en castellano: “Pero, *¿vist mishigue. Vi is dain cop?*”¹⁹ Se nos perdió Itzik” (Szichman 1971: 11).

Volviendo finalmente a Ana María Shúa, vemos cómo esta misma abuela o *babe* se beneficia de un juego bilingüe en otra novela, *El libro de los recuerdos*, al convertirse en *babuela*, en el capítulo testimonio del final del *idish* (nunca nombrado) y titulado “El idioma”:

A la babuela, que nunca había hablado de corrido la lengua de la mayoría, ni siquiera en su país de origen, el castellano le parecía un idioma brutal, inexpresivo, y sobre todo inaccesible [...] la babuela le tenía un poco de miedo a la maestra, que era para ella casi un funcionario de control fronterizo, alguien destacado por las autoridades de inmigración para vigilar desde adentro a las familias inmigrantes y asegurarse de que se fundieran, se disgregaran, se derritieran correctamente hasta desaparecer en un crisol de razas. Y así fue como el idioma de las canciones de cuna y las palabras de amor y los insultos [...] desapareció, al menos en la superficie, de la casa de la familia Rimetka. (Shúa 2007: 26)

Hemos visto que el metadiscurso forma parte de las estrategias narrativas para significar el encuentro de las lenguas judías con las lenguas vernáculas de los países de acogida, y hemos podido identificar dos funciones principales: el humorismo y el insulto. El humorismo, esta arma de los desarmados, en sus dos vertientes: confundir al otro, al que no pertenece al grupo pero también al potencial enemigo, y al mismo tiempo o paralelamente, burlarse de sí mismo, de los defectos propios del grupo. Si bien el judeoespañol en el español americano se presta a confusiones por sus falsas similitudes con la lengua de recepción, las tretas del *idish* apelan a varios otros idiomas para provocar desconciertos en sus interlocutores. El arte narrativo de las autoras y autores convocados recoge esas posibilidades a partir de experiencias vividas y poéticamente aprovechadas y disfrutadas.

¹³ Según Leo Rosten, un *mensch* es alguien de un carácter noble, que tiene rectitud y dignidad.

¹⁴ Estómago.

¹⁵ Trasero.

¹⁶ Locura.

¹⁷ Abuela.

¹⁸ Abuelo.

¹⁹ ¿Estás loco? ¿Dónde tenés puesta la cabeza?

Bibliografía

Corpus

LEÓN, Luis (2004): *Cuentos de Villa Crespo con sefaradíes*. Buenos Aires: Ed. del autor.

MOSCONA, Myriam (2012): *Tela de sevoya*. Penguin Random House Grupo Editorial.

NISSÁN, Rosa (1994): *Novia que te vea*. México, Planeta.

— (1996): *Hisho que te nazca*. México, D.F: Plaza y Janés.

SHÚA, Ana María (1993): *Risas y emociones de la cocina judía*. Buenos Aires: Grupo Editorial Shalom.

— (2007): *El libro de los recuerdos*. Buenos Aires: Emecé Editores.

SZICHMAN, Mario (1971): *Los judíos del Mar Dulce*. Cork: BookBaby.

— (1972): *La verdadera crónica falsa*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

— (1981): *A las 20:25 la señora entró en la inmortalidad*. Hanover, NH: El Norte.

Estudios

HUBERMAN, Ariana y METER, Alejandro (2006): *Memoria y representación: configuraciones culturales y literarias en el imaginario judío latinoamericano*. Estudios culturales. Rosario: Beatriz Viterbo.

NATANSON, Brigitte (2019): “Mezcla de géneros e intertextualidad en *Tela de sevoya* (2012), de Myriam Moscona”, en Isabelle Tauzin y Efrén Ortiz Domínguez, *Viajes, exilios y migraciones: representaciones en la literatura latinoamericana del siglo XXI*. Xalapa: Universidad Veracruzana, pp. 53-72, <http://libros.uv.mx/index.php/UV/catalog/book/2155?fbclid=IwAR1eL5mJ6UEJVx6foNEr1E5LqgmOAcHD7Li0TUnU_7gqjsM68kjU1UcELZci>.

— (2015): “Doble(s) sentido(s), sentidos contrarios y sentido del humor en la novela de Mario Szichman: *A las 20:25 la señora entró en la inmortalidad* (1981)”, en C. PÉLAGE, S. FASQUEL y B. NATANSON (eds.), *Doble(s) Sentidos*. Orléans: Corsaire Editions. pp. 343-356.

— (2015): “Pasos en falso en la Argentina pluriétnica y multicultural: humorismo y desmitificación en la novela de Mario Szichman *A las 20:25 la señora entró en la inmortalidad*”, en *Memoria JALLA* agosto 2015, 1219. Heredia, Costa Rica. <<http://www.jallacostarica2014.una.ac.cr/index.php/repository/Memoria-electr%C3%B3nica/Migraci%C3%B3n-y-nuevos-espacios-culturales>>.

— (2008): «Le passage du “nous” au “je” par l’écriture dans trois romans de l’immigration de familles judéo-espagnoles en Amérique latine», en Michèle Gibault, Jürgen Doll, Florence Olivier, Pascale Budillon Puma, (eds.), *Exils, migrations, création*. Paris, Indigo & Côté-femmes éditions, pp. 127-138.

NIZRI, Vicky (2000): *Vida Propia*. México: Miguel Ángel Porrúa.

ZUBIETA, Ana María (1995): *Humor, nación y diferencias: Arturo Cancela y Leopoldo Marechal*. Rosario: Beatriz Viterbo.